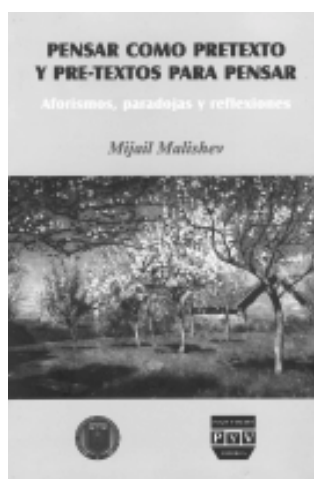


Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
concoatepec@uaemex.mx
ISSN (Versión impresa): 1870-0365
MÉXICO

2007
Juvenal Vargas Muñoz
EL AFORISMO COMO TERAPIA DE LA RAZÓN
Contribuciones desde Coatepec, enero-junio, número 012
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México
pp. 143-146

El aforismo como terapia de la razón

JUVENAL VARGAS MUÑOZ¹



Baltazar Gracían en su *Oráculo manual* expresa lo siguiente: “Si algo bueno es breve, es doblemente bueno; puesto que es breve y es bueno”. Tan ilustre proverbio parece tener cabida en el libro de Mijail Malishev. En el entendido de que se apuesta por reflexiones sintéticas que como tales pretenden entrañar no sólo pretextos para la reflexión, sino también tocar de una manera intimista al lector, hacer que el lector recorra y se abisme a su propia reflexión, una reflexión que pretende ser más libre, sin la imposición de las férulas propias de los tratados sistemáticos guiados por esa idea monárquica de unidad que

¹ Facultad de Humanidades de la UAEM. Correo electrónico: cicuta74@correo1.com.

pretenden mostrarnos el mundo como totalidad. El aforismo resguarda una cualidad importante del pensamiento. El aforismo posee esa cualidad incendiaria que mediante un breve chispazo de lucidez de quien lo propone nos encumbra o nos pierde en nuestra propia reflexión. El aforismo no nos condena a la aceptación a ojos cerrados de una supuesta verdad; no pide pleitesía, sino esa dosis de asombro para iniciar la propia reflexión y si es posible la propia creación.

Arthur Schopenhauer, en su obra traducida como *Parerga y paralipomena*, propone al aforismo como la sabiduría de la vida, como precepto al que el filósofo alemán le confiere la tarea de hacer más feliz o menos infeliz la existencia humana. El aforismo para Schopenhauer es esa especie de máxima o regla para dirigir la actividad práctica del hombre, Mijail Malishev pretende extender esta máxima práctica hacia una práctica de la reflexión misma. La aforística a lo largo de la historia ha sido considerada como una de las artes más sutiles y delicadas, a la vez que de las más profundas e incisivas, el aforismo como esa proposición que expresa de manera sucinta una verdad de corte más vital que sistémica. El aforismo es esa mezcla de agudeza intelectual y estilo literario que tiene la encomienda de mover, mover literalmente al lector para que éste evalúe de cierta manera su propio estar en el mundo.

El aforismo mueve a risa o a llanto, cuando es agudo e incisivo, tanto el pensador como el lector ya no quedan incólumes, no salen de una pieza después del incendio provocado por el buen aforismo. Se dice que el parentesco entre el aforismo y la paradoja son innegables; yo extendería este árbol genealógico hasta la aporía, el epíteto y la fábula, todos ellos son como esa especie de “flash” que en determinado momento deslumbra a la razón y le hace conducirse a ciegas por un momento para después pretender recobrar el equilibrio y dar un paso más por la existencia. Decíamos que el aforismo es por naturaleza incendiario, en el sentido de que nos mueve, de que mediante su ironía, su sarcasmo, o en su defecto su toque de dignidad o corrosión nos lanza de cierta manera a la búsqueda de una reflexión propia que nos proporcione resguardo o serenidad ante esa especie de luz cruda que el aforismo mismo arrojó sobre nosotros.

Mediante la ironía, la burla descarada, la expresión de una íntima congoja o de un júbilo exacerbado, el aforismo busca despertar del marasmo o incluso la modorra en que se puede encontrar la razón. Por ejemplo, esa descripción de “la mujer como el animal de cabellos largos e ideas cortas” propuesto por Schopenhauer a manera de definición de las féminas y debido a su punzante brevedad paradójicamente ha hecho correr ríos y ríos de tinta así como proclamas enconadas y vociferaciones de diferentes calibres poco armónicos de las llamadas feministas. Enconos biliosos por un lado, carcajadas francas por el otro, denostar

o exaltar qué mas da, lo importante es la reflexión que se deriva de este tipo de proposiciones. A este tenor debemos la siguiente reflexión a Mijail Malishev: “El hombre y la mujer son diferentes, pero es la mujer quien acusa al hombre de sacar ventaja de esta diferencia” (2005: 34). La ironía, no la descalificación, se hace presente. Mover a sentido, más aún buscar sentido es la finalidad, habrá quien vea misoginia, habrá quien vea una especie de apología de las cualidades femeninas, incluso tal vez quien encuentre pie para una larga diatriba en contra de las concepciones históricas sobre las relaciones de género, ésa es precisamente la pretensión del aforismo, que la reflexión no encuentre diques y se desborde en el sentido que las posibilidades del escucha lo permitan. Cada aforismo es una especie de historia que a su vez pretende engarzarse con nuestra propia historia, para que se confundan, se dispersen para nuevamente confluír, llevando en cada revuelta una parte de nuestro propio hacer y de nuestro propio pensar. El aforismo es irreverente, lo mismo se ocupa del té matutino que de la muerte, lo mismo exalta el valor de la existencia que se ríe hasta las lágrimas de la muerte y la trascendencia. Sobre esta exaltación de la existencia podemos leer lo siguiente en el libro de Mijail Malishev: “La vivencia de la muerte produce una sensación de conciencia vibrante, cuanto más cree morir, más viva está” (2005: 31). Este aforismo como luz mortecina en determinado momento muta a una luz que irradia diferentes focos; por ejemplo, cabría la posibilidad mediante esta reflexión de imaginar a ese hombre condenado a muerte que al pensar con certeza matemática el día y la hora fijada en que habrá de morir, su conciencia se aferra más y más a lo irracional, que desde esta perspectiva es la esperanza de un posible indulto llegado a último momento; este hombre sobre el cadalso, la silla o en espera de la inyección mientras más se acerca al fin de su existencia, más lucidez adquiere su conciencia desdichada que piensa y piensa sobre su fin fijado con pasmosa exactitud. Veamos ahora la parte contraria, ese epíteto que algún jocosos griego de la antigüedad mandó grabar después de su muerte sobre su tumba: “No fui, no soy, no seré y no me importa. Si el primero se aferra a la existencia, el otro, muy apegado a la visión trágica de los griegos, se ríe de la muerte y de la trascendencia manifestando que “Sale de la vida como alguien que después de un tiempo sale de un cuarto lleno de humo” (Samósata, 2004).

En esta época en que los grandes sistemas de pensamiento filosófico se encuentran en terapia intensiva, el aforismo se presenta como esa razón que juguetea con sus límites auto impuestos, como esa razón lúdica que vuelca y trueca todo su encono en chispas hilarantes; como terapia de la razón, la finalidad del aforismo es hurgar y extender los propios límites de la razón, reírse de sus imposibilidades y sentenciar que lo importante es el pensar por el pensar mismo, independiente-

mente de sus posibles y frenéticos desenlaces, tratando de salir así tanto del triunfalismo ingenuo como del pesimismo exacerbado. Ya las breves sentencias délficas nos prevenían contra los dos extremos de esa delgada cuerda que es la razón; Sócrates repite estas frase lapidarias sobre los sabios griegos del tribunal, primero: “Conócete a ti mismo”, segundo: “Nada en exceso.” El arte de la aforística es vital por esa especie de intención lúdica, mostrar al mundo de una manera fragmentaria, una especie de mundo “por entregas”, donde cada una de las entregas es una especie de unidad cerrada que posee una fortísima concepción del hacer y la existencia. Esta razón lúdica presente quizás desde antes de la filosofía misma hoy en día se encuentra más viva que nunca, no sólo el aforismo hace sentir su vigencia, el epíteto, la fábula misma como ese recoveco creativo y lleno de *ludismo*, son vistos como remanso para esa razón occidental que en determinados momentos se nos muestra como algo cansino. Las fábulas de Esopo, por ejemplo, con sus altas enseñanzas morales muestran al hombre contemporáneo que la razón por el hecho de ser juguetona no deja de ser profunda, quién en determinado momento de la existencia, donde los fines más nimios son logrados o donde somos derrotados en nuestras teleologías mas fútiles, no se ha sentido como las comadreas o las zarigüeyas propuestas por Esopo. Mijail Malishev igualmente, con un tono que pretende ser jocoso y profundo a la vez, trata los mismos problemas, esos eternos problemas del hombre que en determinado momento la razón sistemática se niega a reconocer dentro de feudo. A este respecto podemos leer lo siguiente en el libro de Malishev: “Solemos evocar la idea de destino cuando nos va de lo mal a lo peor; pero si todo marcha bien, estamos convencidos de que somos forjadores de nuestra suerte” (2005: 15).

Referencias

- Malishev, Mijail (2005), *Pensar como pretexto y pre-textos para pensar: aforismos, paradojas y reflexiones*, México, UANL/Plaza y Valdés, 191 pp.
- Samósata, Luciano de (2004), *Diálogo de los muertos*, Madrid, Alianza Editorial. 2004.